

*Dmitry Shlapentokh**

El conflicto entre Rusia y Bielorrusia: el gas y el petróleo como armas geopolíticas y la naturaleza de las actuales alianzas

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

El conflicto entre Rusia y Bielorrusia: el gas y el petróleo como armas geopolíticas y la naturaleza de las actuales alianzas

Resumen:

El orden mundial emergente se define a menudo como multipolar. Este modelo es demasiado simplista. Uno de los elementos de este nuevo orden es la ausencia de fuertes lazos entre aliados. Es más, algunos de dichos aliados interactúan entre sí basándose en el paradigma básico «amigo-enemigo», en el que pueden combinarse alianza y hostilidad. E incluso, no se excluyen los conflictos entre aliados. La relación de Rusia con Bielorrusia es un ejemplo de este tipo de relaciones.

Abstract:

The emerging world order is often defined as “multi-polar.” This is rather an oversimplistic model. One of the elements of this new order is the absence of strong ties between allies. Moreover, some allies actually interact with each other on the basic “friend-foe” paradigm, in which the alliance could be combined with hostility. Moreover, conflicts between allies are not excluded. Russia’s relationship with Belarus is an example of such relations.

* Traducción al español del documento original en inglés

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Palabras clave:

Bielorrusia, Rusia, geopolítica, gas, petróleo.

Keywords:

Belarus, Russia, geopolitics, gas, oil.

Bielorrusia, una pequeña república eslava de la antigua URSS, es oficialmente uno de los aliados más firmes de Rusia. Forma, junto con esta, el denominado «Estado de la Unión», y en 2015 se convirtió en uno de los miembros fundadores de la Unión Euroasiática patrocinada por Moscú. Con todo, Rusia considera a Bielorrusia no tanto como un aliado sino como un vasallo, y ha utilizado los suministros de gas y petróleo para imponer su voluntad sobre ella. Esto ha conducido a un acusado deterioro de las relaciones entre ambos países en 2016-2017, y pone de manifiesto cuál ha sido el modelo de interacción entre Moscú y Minsk surgido a comienzos del siglo XXI. Según este, Bielorrusia continuaba siendo formalmente un aliado de Rusia, aunque su apoyo era limitado; es más, Minsk no excluía un conflicto directo con Moscú. En cierto modo, la relación entre Minsk y Moscú proporciona un modelo para entender las emergentes relaciones dentro de la OTAN, en la cual las obligaciones mutuas son condicionales, y la confrontación directa no queda totalmente fuera de la ecuación.

Del neosovietismo residual al imperialismo tradicional

La alianza entre Rusia y Bielorrusia y la creación del «Estado de la Unión» fue consecuencia principalmente de la antigua cultura política soviética de Moscú, en la que se practicaba una desbordante generosidad económica a cambio de lealtad geopolítica. Esta fue una de las razones por las que Lukashenko, el líder bielorruso, se unió a Rusia en ese «Estado de la Unión». Sin embargo, a principios del mandato de Putin, el modelo del Kremlin comenzó a cambiar.

Podría afirmarse que Putin incrementó la tendencia neoimperialista que ya había vuelto a resurgir a finales de la era Yeltsin, o incluso antes. En este contexto, no todo se medía en términos económicos, sino que se tenían en cuenta otros factores de carácter geopolítico. Ello quedaría patente en el comportamiento de Putin en Ucrania y Siria: en ambos casos, el Kremlin asumió las pérdidas financieras con el fin de alcanzar sus objetivos estratégicos. Podría suponerse aquí que la administración de Putin tiene una orientación mucho más imperialista que la de Yeltsin, pero la historia es más complicada de lo que parece a primera vista. Es cierto que Yeltsin, siguiendo a Gorbachov, había contribuido al continuo retroceso geopolítico, y que, en sus relaciones con Occidente, a la élite rusa solo le interesaba la repercusión económica. Aun así, en lo que los rusos denominaban «el extranjero cercano» —las repúblicas de la antigua URSS—, el Kremlin solía actuar a la manera neosoviética, proporcionando, por ejemplo, gas y petróleo a

precio reducido con la idea subyacente de que esas repúblicas, como hijos pródigos, volverían a casa en algún momento, y no deberían ser tratadas con demasiada dureza. Durante el ejercicio de Putin, sin embargo, el Estado varió su actitud hacia ese «extranjero cercano», modificándose la herencia imperial de comienzos del periodo postsoviético.

Yeltsin concedió subvenciones o atendió a los intereses económicos de los otros Estados de la antigua URSS en una especie de inercia postsoviética, reforzada por sueños difusos de que en el futuro volverían a unirse. Suministraba gas y petróleo a un precio módico, aun cuando ello no se tradujera en un beneficio directo para Rusia o en alguna otra recompensa concreta por su benevolencia. El Kremlin de Putin era diferente, con una marcada tendencia a la expansión imperial. No obstante, esta expansión quedaba moderada por un pragmatismo creciente, ya que la posesión e influencia imperial debían reportar algún tipo de ventaja geopolítica tangible o un indudable provecho económico, de modo que se limitaron las inversiones que no producían más ganancia que la de ampliar la órbita de influencia. Lo que es más importante, la era de Putin ha ido desviándose visiblemente del enfoque inicial respecto a las ex repúblicas soviéticas. Estas ya no eran hijos fugitivos y desagradecidos que, pese a todo, seguían siendo considerados parte de la futura familia postsoviética, sino verdaderos países extranjeros. Podían y debían estar bajo la esfera de influencia moscovita, pero aun así estaban catalogadas como entidades extranjeras claramente distintas de Rusia y que nunca estarían completamente unidas a ella a la manera soviética. Por consiguiente, la política de Moscú no debería mostrar una excesiva generosidad respaldada solamente por recuerdos recientes o por los sueños de una futura unión. La Rusia postsoviética se convirtió en un Estado-nación como los de la Europa de los siglos XIX y XX, y su acercamiento a las antiguas repúblicas de la URSS no difería demasiado de los planteamientos imperialistas de las grandes potencias europeas en esos mismos siglos respecto a sus antiguos súbditos y colonias.

Y este pragmatismo influyó en cómo veía Moscú a Minsk. La primera estaba dispuesta a proporcionar algún tipo de apoyo limitado pero no a respaldar a toda costa a un aliado, al contrario de lo que ocurría con la URSS, que jamás había discutido con los suyos ni con sus Estados satélites sobre el precio del petróleo, del gas o de cualquier otra materia prima. Y así, de un modo realmente pragmático y capitalista, Moscú demandaba beneficios tangibles a cambio de sus inversiones, práctica que había surgido en las

relaciones con aquellos países que estuvieron integrados en la URSS en un pasado no demasiado lejano, así como con aquellos que nunca habían formado parte de la comunidad soviética.

El giro en la política de Moscú explicaba las tensiones con Bielorrusia, que emergieron a comienzos del mandato de Putin. En el contexto de este nuevo enfoque, Putin planteó exigencias más estrictas a Alexander Lukashenko, el hombre fuerte de Bielorrusia, incluyendo la sugerencia de que su país se convirtiera en un territorio ruso y Lukashenko pasara a ser vicepresidente. Este desestimó la propuesta¹.

Tras este rechazo, al Kremlin le quedó claro que incluso Bielorrusia, aunque más cercana que cualquier otro de los Estados postsoviéticos, nunca se incorporaría pacíficamente a Rusia, y que debería ser tratada como un país extranjero. Por tanto, todas las concesiones económicas que se le hicieran deberían ser pagadas por la propia Bielorrusia, que debería permitir a los oligarcas rusos privatizar sus sectores estratégicos o limitarse a convertirse en un territorio ruso. En cualquier caso, Minsk debería respaldar plenamente todas las decisiones moscovitas en política exterior. Si se negaba a hacer esto o lo otro, el precio del gas y del petróleo se iría incrementando, o sufriría otras sanciones económicas. Todo ello llevó a nuevas disputas a causa del gas, mucho más amargas que las anteriores, e infligiría daños todavía más serios a las relaciones ruso-bielorrasas.

Los conflictos por el gas y el petróleo como armas geopolíticas

Si hubiéramos de creer a la parte rusa, sería Bielorrusia a quien habría que culpar por las tensiones. Tal y como se señaló, el acuerdo inicial entre Minsk y Moscú implicaba que esta última recibiría el 85 % de los derechos arancelarios del petróleo ruso enviado por Minsk a los mercados foráneos. En 2006, Bielorrusia decidió cambiar estas disposiciones y Moscú respondió incrementando el precio del gas. Minsk decidió actuar, y el 1 de enero de 2007 Bielorrusia impuso una tasa de 45 dólares por tonelada de crudo ruso enviada al extranjero². Con todo, la verdadera razón del conflicto fue probablemente muy distinta de lo afirmado por Moscú. El Kremlin, respaldando plenamente a los

¹ Sergei Kharitonov, "Venediktov na RFRM, 'Nichego ne znaiu ob istorii Belarusi Ne bylo takogo gosudarstva'", <http://rfrm.io/asoby>, 16 julio 2017.

² *Ibid.*

oligarcas rusos —los magnates multimillonarios que surgieron en los albores de la era postsoviética—, demandaba la privatización de las empresas estatales bielorrusas. Tal era el caso, por ejemplo, de la fábrica de automóviles de Minsk. Lukashenko no parecía estar firmemente en contra de una cierta colaboración, y si bien la fábrica negoció con una compañía rusa la creación de una empresa conjunta, el proyecto no llegó a ninguna parte³, y por una razón evidente. Los rusos aspiraban simple y llanamente a absorber una de las principales fábricas bielorrusas y después, siguiendo ese mismo modelo, a hacer lo mismo con las demás industrias estratégicas clave para la economía de este país. El control económico iría de la mano del creciente control político, y el Kremlin, que estaba detrás de la oferta empresarial rusa, lo entendía perfectamente. Era obvio que Moscú estaba presionando a Bielorrusia para que pasara a ser un verdadero apéndice del Estado ruso. Aquí Putin se comportó no tanto como un líder soviético, sino como los imperialistas europeos de los siglos XIX y XX. Minsk mostró su desacuerdo y Moscú replicó con su principal arma: le elevó el precio del gas y, cuando Minsk protestó, el Kremlin interrumpió el suministro de este combustible en 2006. Aunque los problemas con Bielorrusia habían surgido tiempo atrás, hasta 2007 Moscú le había aplicado el mismo precio que a la vecina región occidental rusa⁴.

En 2007, Rusia elevó una vez más el precio del gas a Bielorrusia⁵, aunque el Kremlin seguía asegurando que gozaba todavía de un descuento considerable. Y si creyéramos a los observadores rusos, en 2008 el precio del gas para Bielorrusia era tan solo el 67 % del fijado para otros países europeos⁶. Pero el aumento del precio resultaba doloroso para Minsk, que intentó evitar el pago del precio total, y propuso una alternativa: ofreció que Gazprom participara en varios proyectos en territorio bielorruso, si bien, de nuevo según las fuentes rusas, esta empresa no estaba demasiado interesada en el proyecto. Es de destacar que el Kremlin había empleado la misma táctica con Ucrania, en aquella época liderada por Viktor Yushchenko, prooccidental y antirruso. El propio hecho de que la amistosa Bielorrusia fuera tratada del mismo modo que la hostil Ucrania dejaba patente que para el pragmático Kremlin no existía mucha diferencia entre un amigo indeciso que

³ “Novosti, Obzor SMI”, <http://polpred.com/news/?ent=198sector=8>, 15 mayo 2017.

⁴ Petr Petrovskii, “Soiuznoe gosudarstvo na poroge integratsionnogo proryva?”, <http://eurasia.expert>, 5 julio 2017.

⁵ “Lukashenko...”

⁶ “‘Shestaia gazovaia’...”

no deseaba ser un vasallo y un enemigo, y que estaba ansioso por sacar el máximo provecho tanto de uno como de otro. Minsk se sintió ultrajada, y trató de conseguir, si no gas, al menos petróleo de otras fuentes, desde Hugo Chávez en Venezuela hasta Ahmadineyad en Irán. Incrementó asimismo los galanteos con China y Occidente, en un intento de conseguir más fondos y lograr una mayor independencia respecto a Moscú. Este tampoco estaba complacido, y probablemente Putin pensó en reemplazar al rebelde Lukashenko por una marioneta más manejable; durante 2010 el Kremlin manifestó sin ambages su disgusto hacia su reelección. Es posible que Moscú se hubiera confabulado con algunas capitales europeas y con Washington, todas ellas ansiosas por fomentar conflictos en Minsk; los países occidentales, naturalmente, creían que podrían imponerse a Rusia y colocar en Minsk un régimen favorable a sus intereses.

Tras el fracaso de este plan, el Kremlin recurrió inmediatamente al aumento de la presión económica, elevando de nuevo el precio del gas. Bielorrusia se negó a pagar el precio contractual y dejó a deber 200 millones de dólares a Rusia⁷. Además de los problemas con el gas y el petróleo, Moscú trató de implantar un bloqueo económico, limitando el acceso de la producción agrícola bielorrusa al mercado ruso con el pretexto de que no tenía la calidad suficiente. Este fue un duro golpe para la economía de ese país.

Rusia constituye el principal mercado para los productos de Bielorrusia, que envía allí el 88 % de sus exportaciones alimentarias y el 69 % de sus productos industriales. No es de extrañar que Lukashenko se mostrara escéptico con respecto a la Unión Euroasiática patrocinada por Rusia, ya que algunas disposiciones de la Unión impedían que los productos y las materias primas circularan libremente dentro del mercado único. Ya en 2013, declaró que Rusia había prometido acabar con todas estas «excepciones» (*iz'iatii*) tras 15 años. Lukashenko afirmó que, si tal era el caso, creía que el acuerdo sobre la Unión se firmaría también en ese momento⁸. Con todo, decidió unirse a la Unión Euroasiática en 2015, posiblemente asumiendo que no le convenía contrariar demasiado a Rusia. Sin embargo, ni Minsk ni Moscú se consideraban mutuamente como verdaderos aliados, y para 2016 habían vuelto a las andadas. La crisis, de casi dos años, había supuesto la prueba más dura para la relación entre ambos países.

⁷ *Ibid.*

⁸ “Novosti. Obzor SMI”.

Este conflicto no se debió a ambiciones geopolíticas por parte de Bielorrusia, ni mucho menos a diferencias de «valores» —cuyo papel suelen exagerar los medios occidentales, fundamentalmente con vistas al consumo público—, sino al deseo de Minsk de recibir mayores beneficios económicos de Moscú y, naturalmente, al deseo de impedir que los oligarcas rusos controlaran los sectores económicos clave de Bielorrusia. Moscú era consciente de ello y, como necesitaba desesperadamente aliados geopolíticos, de haber tenido suficientes recursos habría proporcionado esta ayuda. Pero no los tenía⁹.

La caída de los precios del gas y del petróleo y el mercado cada vez más reducido para estos productos rusos, así como, por supuesto, las sanciones de Occidente por lo que este consideraba como una injerencia de Moscú en Ucrania, habían llevado a un importante deterioro de la posición financiera rusa, junto con otros problemas adicionales. Como resultado, Moscú no concedió a Minsk las subvenciones esperadas, pues aunque hubiera querido hacerlo¹⁰ el Kremlin ya no contaba con los mismos recursos que antes para favorecer a sus supuestos aliados, y Minsk respondió mostrándole que su lealtad no era incuestionable y que, aunque siguiera siendo formalmente aliado militar de Rusia, podría participar en su propio juego geopolítico. Más aún, no excluía una confrontación directa con Moscú, si el Kremlin decidía hacerse con el control de Bielorrusia como había hecho en Crimea.

Ausencia de reconocimiento de Crimea por parte de Minsk

El desacuerdo de Lukashenko con las actuaciones de Moscú en Ucrania es uno de los signos claros de los problemas de su país con Rusia. No quiso reconocer la anexión de Crimea por parte de Rusia, declaró que Ucrania era un país amigo, y al inicio del conflicto, cuando las tensiones entre Kiev y Moscú se encontraban en un punto álgido y parecía inminente una invasión rusa en toda regla, Lukashenko proclamó que estaba totalmente en contra de las actuaciones de Rusia. Añadió que Bielorrusia nunca permitiría que desde su territorio se pudiera invadir Ucrania, llegó a regañar a Kiev por no luchar por Crimea y afirmó que Ucrania creía de verdad que esta península formaba parte de su territorio, y que deberían haber luchado por ella hasta derramar la última gota de

⁹ Aleksandr Klaskovskii, "Belarus'-Rossiia: pokholodanie nadolgo", <http://naviny.by/article>, 16 febrero 2017.

¹⁰ "Belarus'-Rossiia: pokholodanie nadolgo", <http://naviny.by/article>, 16 febrero 2017.

sangre¹¹. Al mismo tiempo, Minsk había emprendido delicados acuerdos militares con Ucrania: según varios informes, Bielorrusia deseaba comprar información a esta sobre cómo construir misiles de crucero (*krylatye rakety*). Estos conocimientos habían sido desarrollados por ingenieros tanto ucranianos como rusos; aun así, Minsk no se molestó en solicitar permiso a Rusia¹². Finalmente, como gesto altamente simbólico, Lukashenko acudió a la investidura de Poroshenko en junio de 2014, y regresó nuevamente a Kiev en diciembre del mismo año durante una breve visita de trabajo¹³.

Lukashenko no apoyó la intervención de Rusia en Ucrania desde el principio de la crisis, y mantuvo esta política. Por ejemplo, no quiso reconocer las dos repúblicas de Ucrania oriental como Estados legítimos, aun cuando Moscú lo había hecho implícitamente aceptando sus pasaportes¹⁴. Bielorrusia tenía una actitud oficial bastante negativa respecto a estos Estados ucranianos, a la sazón Estados satélites de Rusia, si no *de iure*, sí *de facto*. La postura de Minsk fue probablemente tenida en cuenta por los nacionalistas bielorrusos prooccidentales y proucranianos, como los miembros del grupo *Pogonia*, que lucharon del lado ucraniano contra la República Popular prorrusa de Donetsk¹⁵.

Acercamiento a Europa

El acercamiento de Lukashenko a la Unión Europea fue otro modo de distanciarse de Moscú. En 2015, concedió la amnistía a los presos políticos, y las autoridades se esforzaron por andar con pies de plomo a la hora de tratar a aquellos manifestantes bielorrusos que protestaban contra los nuevos impuestos. Al tiempo que flirteaba con Occidente, Lukashenko liberó también a destacados presos políticos el año anterior. «El 1 de marzo de 2016, como parte de su intento de continuar suavizando las relaciones con la UE, el ministro del Interior bielorruso anunció una actitud más relajada hacia las protestas: ya no se detendría a los manifestantes, quienes deberían presentarse en el

¹¹ “Lukashenko russkii mir – propagandistskaia glupost’”, <http://www.bbc.com>, 4 agosto 2015.

¹² Il’ia Kupavin, “‘Nelegal’nye’ rakety: Belorussiia khochet perekupit’ u Ukrainy rossiiskie chertezhi”, <http://rueconomics.ru>, 14 diciembre 2015.

¹³ Igar Gubarevich, “Belarus and Ukraine cooperate in the face of Russian pressure”, *Belarus Digest*, 27 julio 2017.

¹⁴ “Ukhat”, *Zavtra*, 22 febrero 2017, y “Belorussiia zaiavila o nedeistvitel’nosti pasportov DNR i LNR”, *Izvestia.rus*, 23 febrero 2017.

¹⁵ A. Uvarov, “Evraziiskie ‘soiuzniki’ ‘Rossii’ Temnye piatna na belykh perchatkakh”, *londsk*, diciembre 2015.

tribunal y pagar una multa, aunque no tendrían que ir a la cárcel; la policía, por su parte, archivaría los cargos. Este cambio, al igual que todo lo demás, preparó el terreno para los eventos del pasado mes que tienen el potencial de transformar tanto la política interior bielorrusa como la exterior»¹⁶.

El 9 de marzo de 2016, Lukashenko se reunió «con el representante especial de la UE para los derechos humanos Stavros Lambrinidis» y «expresó su deseo de incrementar los lazos con la Unión Europea»¹⁷.

En octubre de 2016, llegó a aceptar el Plan Nacional de Acción para los Derechos Humanos (*Natsional'nyi plan deistvii po pravam cheloveka*). Bruselas no lo había solicitado, pero Lukashenko quiso adelantarse de alguna manera con este paso hacia la UE y envió el mensaje inequívoco de que si esta continuaba mejorando su relación con Bielorrusia, Minsk seguiría dando nuevos pasos. Por otra parte, se comprometería con otras iniciativas prooccidentales, aunque Bruselas tampoco le hubiera pedido que lo hiciera. De hecho, el giro de Lukashenko hacia Occidente quedó patente para Moscú, y fue una de las principales razones que motivó el creciente descontento del Kremlin con el líder bielorruso¹⁸. El citado autor también indica que las tácticas de Lukashenko podrían funcionar y que quizá lograra dar la impresión de que su régimen se había vuelto cada vez más liberal, aunque sin una verdadera oposición en el Parlamento¹⁹.

Bruselas correspondió y, como destacó un observador ruso, con aire irónico, Lukashenko casi perdió su título de «último dictador de Europa»²⁰. Como consecuencia, continuó el acercamiento con la UE, y en febrero de 2016 Bruselas abolió las sanciones a Lukashenko, a sus funcionarios y a las empresas estatales bielorrusas²¹. La distensión había favorecido las visitas de diversos funcionarios y altos cargos europeos a Minsk,

¹⁶ Paul Goyer, “‘Near Resolution’ in Belarus: Lukashenko’s balancing act and Putin’s fear of another Maidan”, Forbes.com, 13 mayo 2017.

¹⁷ “Belarus warms ties with the West”, <https://www.stratford.com>, 6 abril 2016.

¹⁸ Artem Shraibman, “Ustalost’ ot balansirovaniia Kak Minsku stanovitsia vse trudnu i s Rossiei, i s zapadom”, <http://carnegie.ru>, 3 noviembre 2016.

¹⁹ Artem Shraibman, “Parlament dlia Brusseliu Kak Lukashenko pridumyvaet novye ustupki Zapadu,” <http://carnegie.ru>, 6 septiembre 2016.

²⁰ Artem Shraibman, “Premiia za neloial’nost’ Pochemu Rossiia opiat’ dala Belorussii \$2 mlrd,” <http://carnegie.ru>, 30 marzo 2016.

²¹ Polina Khamshiyashvili, Vladimir Dergachev, Anton Feinberg e Irina Parfent’eva, “Iz-za chego Aleksandr Lukashenko ssoritsia s Rossiei”, <http://www.rbe.ru>, 3 febrero 2017.

incluidos los de la vecina Polonia, lo que Lukashenko agradeció calurosamente²². También él visitó varios países europeos.

Algunas de estas visitas de Lukashenko fueron especialmente importantes, y significaron la readmisión de su país en Europa. Ello quedó de manifiesto cuando el líder bielorruso viajó a Italia, habida cuenta de que con anterioridad había sido declarado *persona non grata* en Europa durante bastantes años. Incluso acudió a ver al Papa llevando consigo a su hijo menor, al que profesaba especial cariño. Su giro hacia Occidente era inequívoco, y finalmente abolió los requisitos de visado para los ciudadanos de la mayoría de los países occidentales. Paralelamente, llegaban a Minsk delegados europeos casi «cada día»²³.

Todo ello ocurrió en un momento en que la relación entre Occidente y Rusia empezaba a deteriorarse. Como respuesta, Moscú restituyó las fronteras formales entre su territorio y Bielorrusia, volviendo a la situación previa a la creación del «Estado de la Unión»²⁴. Estas acciones suscitaban aún más el antagonismo de Minsk, lo que propició la airada declaración de Lukashenko de que solo había «ofensa política», añadiendo que Bielorrusia nunca había violado ningún acuerdo con Rusia²⁵.

Llegó a haber indicios de que Bielorrusia podría romper su alianza militar con Rusia. Lukashenko, por supuesto, rechazó los rumores acerca de una posible retirada de su país de diversos bloques geopolíticos y militares auspiciados por aquella, calificándolos como una «verdadera tontería»²⁶. Con todo, Moscú se tomó esos rumores muy en serio, especialmente debido a los evidentes problemas de cooperación con Minsk en tanto que aliados militares y geopolíticos. Aunque el acercamiento de Lukashenko a Ucrania y sus galanteos con Occidente bien podían contrariar a Rusia, lo que probablemente ocasionó este desagrado, más que ninguna otra cosa, fue su cautelosa forma de abordar la alianza entre Minsk y Moscú.

²² “Lukashenko otkazcelsia vybirat’ mezhdru Rossiei i Evrosoiuzom”, *Zavtra*, 23 marzo 2016.

²³ “Ogranichennye otnosheniia”, <https://www.gazeta.ru>, 3 febrero 2017.

²⁴ Algunos observadores rusos, sin embargo, afirmaron que fue Minsk quien volvió a instaurar el control fronterizo en septiembre de 2014. Véase Polina Khamshiashvili, Vladimir Dergachev, Anton Feinberg e Irina Parfent’eva, “Iz-za chego Aleksandr Lukashenko ssoritsia s Rossiei”, <http://www.rbe.ru>, 3 febrero 2017.

²⁵ “Lukashenko rasskazal o polozhenii Belorussii i obotnosheniakh s Rossiei”, <http://tass.ru>, 3 febrero 2017.

²⁶ Evgenii Kaliukov, “Lukashenko otvetil ugrozoi no ugrozu Medvedeva povysit’ tseny na gaz”, <http://www.rbe.ru/politics/09/03/2017>, 9 marzo 2017.

La cooperación militar Minsk-Moscú, cuestionada

La actitud de Moscú a la hora de tolerar la intransigencia de Minsk se ha visto condicionada en muchos aspectos por el supuesto de que este continúa siendo un aliado militar importante y, en general, digno de confianza. Aun así, incluso esta noción se ha cuestionado cada vez más. Es necesario situar estos problemas en un contexto más amplio. Tras la disgregación de la URSS, Rusia había perdido y abandonado la mayor parte de sus bases militares. La tendencia continuó durante todo el mandato de Putin, pero las crecientes tensiones con Occidente, especialmente llamativas tras el surgimiento de la crisis en Ucrania, empujaron a Moscú a reconsiderar sus planes militares debido a la posibilidad, cada vez más real, de una confrontación directa entre Rusia y la OTAN en Europa. Así, las bases militares en Bielorrusia cobraron una importancia estratégica. Además, la presencia de bases militares rusas en territorio bielorruso tenía otras ventajas, pues proporcionarían, naturalmente, un efecto multiplicador para controlar Minsk, y podían utilizarse como plataforma para ocupar el país, si Moscú se decidía a hacerlo por una u otra razón. No hay que olvidar lo sucedido en Crimea, donde Moscú poseía legalmente una base naval que utilizó para enviar tropas y tomar rápidamente la península. Todas estas consideraciones, o al menos algunas, habían llevado a Moscú a pensar en instalar bases militares en Bielorrusia. La primera vez que se mencionó esta posibilidad fue en abril de 2013, cuando Serguéi Shoigú, el ministro de Defensa ruso, se lo propuso a Lukashenko, a quien no le entusiasmó la idea. Moscú hizo caso omiso de ello e incluso envió una delegación a Bielorrusia para encontrar un lugar apropiado donde instalar una base aérea, y el general Viktor Bondarev, comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas rusas, proclamó que el aeródromo próximo a la población de Lide era el sitio más idóneo. Bajo la presión directa de Moscú, Lukashenko ordenó a los jefes militares bielorrusos preparar el lugar para la base. Aun así, el tono en que se dirigió a ellos les indicó claramente que no debían apresurarse a ayudar a las Fuerzas Aéreas rusas a encontrar un lugar apropiado. Mientras Lukashenko trataba de dilatar el asunto lo más posible, el lado ruso empezó a dudar sobre la localización concreta en que deseaban situar la base. En marzo de 2014, Bondarev declaró que no se situaría cerca de Lide, sino de Baranovich. Posteriormente, hubo un nuevo cambio de planes y se decidió una ubicación cerca de Bobruisk. Tales fluctuaciones fueron posiblemente alentadas por Lukashenko como medio para ganar tiempo, y cuando se enteró de que efectivamente Moscú iba a comenzar las obras,

anunció sin tapujos que no veía la necesidad de una base rusa en Bielorrusia²⁷. Incluso trató de utilizar el descontento público del invierno y la primavera de 2017 como excusa para eludir el compromiso de construirla.

«Sin perder de vista la opinión pública occidental, Lukashenko ha tolerado un número limitado de pequeñas protestas que no han sido perseguidas, como las del año pasado que acompañaron el debate sobre si se debería permitir a Rusia tener una base aérea en territorio bielorruso (Minsk pudo soslayar esa demanda de Putin comprometiéndose a adquirir nuevos aviones de combate rusos para las Fuerzas Armadas bielorrusas, que serían empleados como parte del Sistema Único de Defensa Aérea, y accediendo a participar en un Sistema Regional Conjunto de Defensa Antiaérea)»²⁸. Algunos altos cargos bielorrusos, como por ejemplo el ministro de Asuntos Exteriores, que visitó Letonia en el verano de 2016, confirmaron también la reticencia de Minsk a tener bases rusas en su territorio.

«El ministro de Asuntos Exteriores Vladímir Makei declaró que el despliegue de las fuerzas de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en países vecinos no supone una amenaza directa para Bielorrusia. Dio a entender que Minsk no está satisfecha con este despliegue, pero que entiende las motivaciones que hay tras él. Respondiendo a las preguntas sobre la posible base aérea rusa en Bielorrusia, Makei aludió al rotundo “No” expresado por Lukashenko meses antes, y añadió que la postura de Minsk no ha variado»²⁹. Era obvio que pese a las presiones y los argumentos de Moscú para que Bielorrusia le permitiera tener una base en su territorio, Minsk se negaba y aportaba sus propias razones. Lukashenko señaló que Rusia debería dar indicaciones militares a Bielorrusia y esta se encargaría de proteger el espacio aéreo del «Estado de la Unión» que le correspondiera. Su reticencia a acoger bases aéreas rusas es comprensible, pues la presencia de estas «crea un serio problema para la seguridad nacional que está en boca de todos»³⁰. La presencia de dichas bases podría llevar a lo que los observadores bielorrusos calificaron como el «escenario de Donbáss», pues implicaba que Rusia podría enviar tropas aéreas allí e invadir Bielorrusia o al menos

²⁷ Aleksandr Alesin, “Razmeshchenie rossiiskoi avialbazy v Belarusi: o tom, chego ne bylo”, <https://www.belrynok.by/ru/page/opinions/4852>, 6 abril 2017.

²⁸ Paul Goyer, “Near Resolution in Belarus...”

²⁹ Ioffe, “Minks props up currency, diversifies foreign policy.”

³⁰ Denis Luvnikovich, “Minsk boitsia ‘Iskanderov’”, gazeta.ru, 16 mayo 2016.

destituir a Lukashenko, quien lo entendió así desde el principio del conflicto en Ucrania en 2014, y que no se limitó a rechazar tajantemente la posibilidad de instalar bases rusas en Bielorrusia, sino que también «consolidó las fuerzas especiales y cambió los cuadros de mando militares y de las fuerzas de seguridad (*silovye*)»³¹. Las implicaciones de estos cambios eran claras: todas estas instituciones deberían estar lideradas por personas afines a Lukashenko, y tanto las fuerzas especiales como las de seguridad deberían tener la suficiente capacidad como para proteger al régimen ante cualquier amenaza, incluidas las procedentes de Rusia. Debemos tener presente que Lukashenko recordaba bien que el Kremlin probablemente participó —junto con países de Europa oriental y occidental, por supuesto— en las manifestaciones antigubernamentales de 2010, cuyo objetivo era derrocarlo. Sin duda, todo ello influyó en sus decisiones y actuaciones respecto a los planes de Putin de instalar una base militar en Bielorrusia.

Conclusión

¿Cuál es la conclusión de esta historia? Podrían ser varias. Primera, y más evidente, el cambio en el comportamiento geopolítico de Moscú. La Rusia actual no es la URSS, y no solo por ser mucho más débil que aquella, sino también porque la cultura política rusa es cualitativamente distinta de la de su antecesora. Esta podía proporcionar ayuda económica y militar casi ilimitada a los países que el Kremlin consideraba como sus aliados, las más de las veces sin pedir demasiado a cambio, más allá de garantías de amistad y lealtad. La élite rusa actual es mucho más cauta y calculadora en sus relaciones con sus aliados, como Bielorrusia, exigiéndoles un «pago» tangible y casi inmediato. Esta geopolítica puramente «transaccional» hace que la alianza entre ambos países sea más condicional e inestable. Por una parte, Minsk ha asegurado a Moscú que está de su lado, y ha participado en las maniobras militares Zapad 2017. Por otra parte, la propia Bielorrusia hizo todo lo posible para impedir la ubicación de bases rusas en su territorio, y emprendió acciones —como mantener una buena relación con Ucrania— que claramente suponían un perjuicio para Moscú. En todo caso, las expectativas mutuas de ambas partes son limitadas. Podemos sentirnos tentados, naturalmente, a considerar que tal comportamiento afecta solo a Minsk y Moscú, pero no es así. El modelo podría

³¹ *Ibid.*

aplicarse perfectamente para explicar la relación entre los aliados de la OTAN, incluida la existente entre Washington y las capitales europeas.

Si nos fijamos en las relaciones entre Rusia y Bielorrusia, son bastante similares a la filosofía geopolítica de la actual administración estadounidense. La actitud de Trump hacia sus aliados es «transaccional» y sigue el modelo de los intercambios comerciales, solicitando esta o aquella compensación a cambio de los esfuerzos realizados por su país. No hay un planteamiento de apoyo incondicional; consecuentemente, los aliados de EE. UU. van asumiendo una actitud similar hacia Washington. Por tanto, en caso de confrontación directa en Europa y seguramente en otras regiones, Estados Unidos tendría que tratar con aliados poco fiables y potencialmente vacilantes que bien podrían alcanzar un acuerdo a sus espaldas. Al mismo tiempo, los aliados o Estados satélites de ese mismo enemigo al que se enfrentara Washington podrían no estar tampoco incondicionalmente a su lado. Todo ello podría desembocar en un conflicto mucho más intrincado e impredecible que los anteriores.

¿Cuáles son las implicaciones prácticas para Estados Unidos tanto respecto a Rusia como a Bielorrusia? Como se ha demostrado más arriba, Moscú no está compuesto por imperialistas locos que con toda seguridad invertirán todo lo necesario para levantar imperios y se embarcarán en guerras «preventivas». Su pragmatismo conlleva que Rusia podría y debería encontrar un acomodo con Estados Unidos.

Podría encontrar ese acomodo, porque el apetito del Kremlin se limita a la influencia en las áreas adyacentes de Europa oriental, principalmente Ucrania y Bielorrusia, y en Siria. No tiene ambiciones mundiales, y su élite, vinculada a Occidente, está dispuesta a alcanzar un compromiso. Y *debería* encontrar acomodo por varias razones. La primera, porque Washington podría no entrar en conflictos simultáneos con China, Corea del Norte, Irán, el llamado Estado Islámico y Rusia. La segunda, porque los aliados de Estados Unidos en Europa no lo respaldan plenamente, como ocurrió durante la Guerra Fría, ya que, por ejemplo, mantiene graves tensiones con Alemania, y aún más con Turquía —ambos importantes miembros de la OTAN—. Por último, pero no por ello menos importante, Estados Unidos continúa con su desindustrialización y con un retroceso económico real en términos no solo relativos sino absolutos, y este declive podría no quedar oculto durante mucho tiempo por la «burbuja de los servicios». La acomodación de Rusia debería formar parte aquí de un cambio radical en los patrones geopolíticos que Estados Unidos ha seguido durante todo el periodo posterior a la Guerra

Fría. De lo contrario, Washington se encontraría en una de estas dos situaciones: en la primera, la incapacidad de contener la infinidad de fuerzas aceleraría simplemente el declive de su influencia, especialmente si la amenaza de una guerra importante (como sería el caso de Corea del Norte) no entrañara un cambio en las actitudes de sus adversarios; en la segunda, el conflicto podría llevar también a una guerra importante de consecuencias impredecibles para Estados Unidos y la comunidad internacional. Mientras que las condiciones actuales le crean serios problemas, también pueden traducirse en una oportunidad, como demuestra claramente el caso de Bielorrusia. Al contrario que en la Guerra Fría, los adversarios de Estados Unidos no están firmemente unidos entre sí, lo que Washington debería aprovechar, poniendo fin al intento de apodar a Lukashenko como el «último dictador» de Europa, y buscando una intensa cooperación con Minsk. En resumen, el caso de la relación entre Minsk y Moscú muestra las nuevas realidades de la era posterior a la Guerra Fría, a las que Washington debería adaptarse.

*Dmitry Shlapentokh**
Profesor asociado
Indiana University (Estados Unidos)